



PASAMANOS

ESTHER FLEISACHER

Don Elías me llamó. Su nieta Marta Lucía, estudiante de Literatura, le había hablado de una escritora en la ciudad que contaba historias de la guerra en Europa, de separaciones, de inmigrantes, de entierros... Y él quería que alguien contara su vida.

—No puedo ayudarlo, señor —le contesté—, no escribo por encargo. No sé hacerlo...

—Niña —me sentí un poco ridícula, pues voy por los cuarenta—, no sea descortés, hágame el favor de escucharme. La espero el domingo a las tres en mi casa.

Llegué puntual al barrio Laureles. Era una casa unifamiliar de fachada amplia; en el centro, la puerta de madera tallada; a la derecha se destacaba un gran ventanal que llegaba casi hasta el piso del antejardín; y en el ala izquierda, encima de una puerta de garaje doble, un balcón inundado de plantas que se derramaban sobre la baranda. Era una de las pocas casas que no había sucumbido aún a la arremetida de los edificios. Don Elías en persona abrió la puerta. Era un

No sé si la
parca me
visitará en unos
días, meses o
años; por eso, voy
a depositar mis
recuerdos en su
memoria, como
si los pusiera
en una caja de
seguridad.

señor mayor, de piel trigueña, alto y robusto, vestía traje informal; su rostro, iluminado por el azul celeste de su chaleco, se desbordó en una sonrisa cuando me vio. Entre amable y autoritario me invitó a pasar. En el vestíbulo, sobre una consola antigua con su respectivo espejo ovalado, llamaba la atención una réplica de María Auxiliadora

tallada en madera con vistosos adornos dorados en su capa. Atravesamos un corredor que cruzaba entre la sala y el comedor, suntuosos, por decir lo menos, con cortinas cerradas y luces apagadas, se advertía allí una penumbra intocada. El corredor se abría a otra sala frente al jardín y la luz entraba espléndida. Allí estaban su mujer, doña Adela, y su nieta, Marta Lucía. Hicimos las presentaciones de rigor, don Elías agradeció mi puntualidad y precisó:

—No sé si la parca me visitará en unos días, meses o años; por eso, voy a depositar mis recuerdos en su memoria, como si los pusiera en una caja de seguridad. Leí sus cuentos y quiero hacerle este regalo. Su escritura es delicada, la felicito.

Pasé la tarde entera con ellos y no me aburrí ni un momento. Él sacaba y sacaba vivencias como si su voz estuviera acoplada con sus recuerdos, y yo ávida trataba de guardarlas con fidelidad, así no supiera si podría hacer algo con ellas. Me inquietaba no saber si estaría a la altura de las expectativas, pero no podía prometer nada. No controlo la sinrazón ni el tejido de los relatos que escribo.

Las atenciones fueron continuas y deliciosas: sándwich de queso fundido; galletas de mantequilla con dátiles y albaricoque; almendras, nueces, pistachos y arándanos; y chocolates de distintos sabores. De tomar: jugo de guanábana, café y aromáticas. Doña Adela, sin interrumpir a su marido, nos consentía. La simpatía de don Elías, la serenidad de doña Adela y el cariño paciente de Marta Lucía por sus abuelos hicieron de esa tarde un recuerdo inspirador.

Al final la situación se tornó embarazosa, don Elías quería pagarme el tiempo que estuve allí.

—Usted habló de un regalo y yo me llevo sus recuerdos, eso no tiene precio. Ahora debo esperar que las palabras salgan de adentro y eso toma su tiempo.

* * *

He narrado situaciones relacionadas con la Segunda Guerra Mundial, de la que aún hay sobrevivientes; pero los recuerdos de don Elías empiezan en la Primera Guerra, hace poco más de un siglo; eso ya me creaba interrogantes, ¿realmente me concernía?, ¿era mi tema?, ¿sería capaz? No sé casi nada de esta guerra y menos de la participación de Turquía en ella, conozco algo de la expulsión y exterminio de los armenios por *El libro de los susurros*. Nombro a los armenios por complicidad, porque cualquier tipo de exclusión y genocidio nos concierne a todos.

No volví a saber nada de la familia Aruj. Los recuerdos depositados por don Elías entraron en una especie de limbo del que rara vez salían para hacerse presentes en mis pensamientos. Hasta que la lotería conectó la historia.

* * *

Mi abuela compraba lotería cada semana. Incluso, así ella no estuviera, el lotero se la dejaba; y ella, a su regreso, me mandaba con urgencia al parque de las Palmeras a pagarle a don Efraín. Traía mala suerte deber el billete en el momento del sorteo.

—¿Abuela, irías a Rumania si te ganaras la lotería?

—¿Y qué haría yo en Rumania? Allá son Rojos y los Rojos no quieren a los judíos. Seguramente no me dejarían ni subirme al avión.

—¿Rojos? —y los ojos se me pusieron chiquiticos, como sucedía cada vez que quería saber algo.

—Así les dicen a los comunistas, su bandera es roja. Además, allá no quedó nadie de la familia, quienes no fueron entregados a los nazis fue porque lograron escapar. ¿Te imaginas nosotros con primos Rojos?

—¿Entonces, para qué quieres ganarte la lotería?

—Para vivir de la renta y no tener que vender colchones.

—Pero cantas mientras los haces...

—Me gusta hacerlos, no venderlos. Desde la muerte del abuelo la gente se volvió mala paga.

La abuela nunca se ganó la lotería.

Mi papá también compraba lotería a escondidas de mi mamá, pues ella decía que era la manera más tonta de botar el dinero. Yo sabía que mi papá nunca se iba a ganar la lotería, a cada rato quedaba debiendo el billete.

Los hermanos mayores, de diez y once años, intentaron desesperadamente que no los apartaran de su hermanito de dos, pero en tiempos de guerra nadie podía hacerse cargo de tres bocas más.

Tanto la abuela como mi papá aseguraban que había gente que se había ganado la lotería y la vida les había cambiado; sin embargo, yo estaba de parte de mamá. Han pasado muchos años y estoy del lado de los que no tentamos la suerte con el azar: no compro lotería ni chance, tampoco voy a casinos.

Don Elías se ganó la lotería en 1968. En ese año yo ya había nacido; tal vez si lo hubiera conocido en mi niñez sería ahora una clienta entusiasta de un lotero que me contaría historias de felices ganadores. Como lo hacía don Efraín, el lotero de la abuela.

* * *

Don Elías Aruj se ganó el premio mayor de la lotería. Estaba seguro de que era un regalo enviado por su madre, para cumplir ese anhelo que llevaba en su corazón hacía más de cincuenta años: viajar a Estambul, restablecer el lazo fraternal que en él era un reclamo incesante, volver a estar juntos los tres hermanos, los huérfanos.

Durante la Primera Guerra Mundial el padre murió en combate y la madre seis meses después fue enterrada en Estambul a causa de la debilidad y la tristeza, o tal vez del desamparo. Los hermanos mayores, de diez y once años, intentaron desesperadamente que no los apartaran de su hermanito de dos, pero en tiempos de guerra nadie podía hacerse cargo de tres bocas más. Jacob, el menor, fue acogido por una familia que ya tenía dos hijos. A Elías y a Samuel los mandaron a Cuba, donde un tío, hermano del padre muerto, quien se enteró de lo sucedido a través de una carta de la Embajada en la que se le informaba que los niños llegarían el 28 de mayo; es decir, ya estaban atravesando el océano.

Llegaron a trabajar, hablar ladino les permitió una transición fácil y rápida. Ayudaban en las ventas puerta a puerta, modalidad que el tío iba imponiendo en el incipiente comercio de la Habana,

sustentado en el florecimiento azucarero del país. Los niños, que por los empujones de los acontecimientos ya eran unos muchachos despiertos, se acoplaron a su destino y pusieron todo el empeño en aprender las artes y artimañas del negocio; comprendieron pronto que en algún momento tendrían que independizarse, pues los hijos pequeños del tío crecían, daban codazos y reclamaban sus lugares en el negocio. En 1933, con el golpe de Estado que subió al poder a Fulgencio Batista, el tío tuvo miedo de la sombra de la tiranía y decidió emigrar con su familia, sobrinos incluidos, y radicarse en Bogotá, Colombia.

Ya mayores, los hermanos vieron en ese movimiento la oportunidad de hacer rancho aparte. Con los ahorros decidieron probar su propia suerte en Antioquia, no querían ser competencia para el tío, a quien tenían en alta estima, pues los había acogido y les había enseñado a trabajar, aunque con cierta impaciencia y rudeza. Siempre hizo una clara diferencia con sus propios hijos, con quienes utilizaba métodos colmados de paciencia y cariño.

Más rápido de lo que se imaginaron, la venta de telas y misceláneas les daba para vivir y ahorrar. Hablaban de traer a Jacob a vivir y a trabajar con ellos, pero la vida no daba tregua: ya tenían sus propias familias a las que había que sacar adelante. Posponían cualquier iniciativa, nunca tenían la liquidez necesaria para un movimiento como ese.

La comunicación con el hermano era esporádica y de saludos sin trascendencia. No lograban imaginarse la vida de Jacob durante esos años. Para Elías era una deuda consigo mismo, sentía la manito del hermano en la suya durante el entierro de la madre como una llamada permanente. Soñaba con ir a Estambul a proponerle una buena vida en Colombia.

Fueron muchos años de trabajo duro hasta alcanzar la situación boyante que disfrutaba con su familia. Y cuando él se refería a su familia no eran solo su mujer y sus cuatro hijos, sino también la numerosa parentela de su hermano, pues había tenido once vástagos. Don Elías era el gran padre, velaba por el bienestar de hijos y sobrinos. Y aunque a todos les iba bien, él no abandonó la costumbre de comprar lotería los martes; costumbre adquirida en Cuba gracias a un vecino. Compadecido de las penurias y soledad de los dos hermanos, les aconsejó que lo hicieran porque era necesario tener una esperanza; un

pasamanos que los llevaba de jueves a jueves, el día del sorteo.

La esperanza se cumplió, cuando los hermanos estaban bendecidos por la abundancia y rodeados de seres queridos. Pensaron que don Elías invertiría el dinero en sus negocios, eran su interés permanente; creyeron que abriría, por fin, el almacén de electrodomésticos que planeaba desde hacía años. Los sorprendió con su decisión: viajaría a Estambul con su hermano Samuel a visitar a Jacob. Había llegado la hora de reunirse; era el deseo de su madre, insistía.

* * *

Jacob, adoptado legalmente a los dos años, se apellidaba Saban y siempre sintió que su familia verdadera era la que tenía en Estambul; y sus hermanos, los que habían crecido con él. Se consideraba turco y era practicante de un judaísmo ortodoxo, llevaba una vida por completo ajena a la de estos hermanos remotos, quienes embebidos en el trabajo, no dieron prelación a las creencias de sus padres, pues ese Dios los había dejado demasiado pronto a la deriva; si bien asumieron la vida con su propio pulso, fue una dura marca que rebasaba la idea de la devoción. Este fue otro de los motivos que los distanció del tío, les reprochaba su desapego de Dios y de la tradición. Se casaron con mujeres no judías y fueron ellas quienes dictaron las costumbres en el hogar; los hijos fueron bautizados y educados en la fe católica. Elías y Samuel no practicaban ninguna religión, no asistían a la sinagoga ni a la iglesia. Su vocación más sagrada era velar por la estabilidad y el bienestar de la familia.

Jacob se mostraba extrañado con esta visita. ¿Hermanos vestidos como gentiles y ajenos a las exigencias de una religión que consideraba imprescindible? Sobrepasaba su entendimiento que llegaran de la nada a proponerle dejarlo todo y hacer un viaje a lo desconocido, a una forma de vida que reprobaba. No albergaba ningún sentimiento de unión o nostalgia por esos intrusos, fue insensible a sus historias y argumentos de la rudeza y soledad de la vida en Cuba y de la incertidumbre recién llegados a Colombia. Se negó incluso a ver las fotos de esposas, hijos y nietos; no podía concebir la idea de tener parentela no judía. Tampoco quiso presentar estos infieles a su propia familia, a quienes no podía ver como sus hermanos. Los consideraba una vergüenza.

Ya desde el intercambio de cartas los hermanos Aruj habían presentado orillas diferentes; no podían creer que el hermanito, al

que siempre imaginaron abandonado, fuera ese personaje cerrado e implacable. El desconcierto fue enorme cuando sintieron el caparazón religioso que Jacob interponía, les costaba creer que fuera más importante la fe que la sangre. Sin embargo, los tranquilizaba saber que tenía familia y una destacada situación social y económica. De alguna manera apaciguaba la conciencia, había sido una inquietud constante pensar que pasaba necesidades y ellos de manos cruzadas.

Poco a poco la aflicción que habían cargado toda la vida empezó a desvanecerse. Como si ganarse la lotería no tuviera que ver con volverse millonarios y, mucho menos, con recuperar al hermano, sino con perder el sentimiento de traición por haberlo abandonado en Turquía. El llanto y los gritos de Jacob cuando fue entregado a la familia que le convenía, porque lo iba a cuidar y a querer, dejaron de taladrar la memoria. Comprendieron que esa ramita que se quebraba una y otra vez en sus cabezas, se había caído hace años.

Elías y Samuel se miraban con sorna, parecía un mal chiste del destino, pero, al fin y al cabo, un chiste liberador. Y ya en Turquía, se dedicaron a los negocios. Llevarían mercancía novedosa para ampliar la oferta en sus almacenes. ■

ESTHER FLEISACHER (COLOMBIA)



Nació en Palmira. Desde 1965 vive en Medellín. Su obra incluye cuento, novela corta y poesía. Libros publicados: *Donde se estrellan los pájaros, In einer Kirche hast du nichts verloren, Gestos hurtados, Canciones en la mente, La risa del sol, La flor desfigurada* y *Las tres pasas*.